

che. Sólo quedó la gran sábana de tierra caliza desarrollándose en ligera ondulación, al paso del tren.

Las nubecillas filamentosas que blanqueaba la luna, confundían en el suelo sus sombras con la del humo que la chimenea de la máquina echaba á borbotones, y una y otra vestían de misterio las lejanías del paisaje.

Fortunato dejó de mirar al exterior. Su compañero de viaje roncaba en el ángulo opuesto del coche, con ese sueño intranquilo del viajero,

inconsciente de la distancia que recorría. Era un cuerpo abandonado del pensamiento, que iba á recogerlo algunas leguas más allá, en otro país á donde el tren lo transportaba velozmente.

Secallanura habíase quedado atrás, en las tinieblas de la distancia recorrida; delante continuaba la noche encerrando en sus entrañas negras otros pueblos, y el tren seguía su marcha veloz á través de los campos dormidos.

NICOLÁS DE LEYVA

BELLAS ARTES

El lector que haya tenido la galantería de seguirnos en estas breves revistas, habrá ya colegido nuestro afán de evidenciar todo cuanto constituye tipo ó revele algún mérito particular, haciendo abstracción de escuelas ó, mejor dicho, elogiando lo mejor de cada una. Somos eclécticos por vocación y creemos que la crítica viene obligada á serlo sistemáticamente si no quiere caer en lamentables injusticias.

Pero confesamos que nuestro gusto se inclina con preferencia á aquellas obras que, esclavas de la naturaleza, á la naturaleza sacrifican personalidad, estilo, concepción; concretándose á seleccionarla para hacer surgir la belleza de la naturaleza misma.

Además, creemos que todos los procedimientos son buenos para la consecución de la verdad. Entre los procedimientos y nuestro juicio, siempre habrá de por medio el espejo inapelable del natural. El artista sano se sirve siempre de los que convienen á su temperamento y á la necesidad de transportar íntegra su visión á la tela.

Es lo que ocurre con el notable pintor V. Climent. El profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona expuso hace algún tiempo en el Salón Parés el hermoso pastel que copiamos en la primera plana de este número del ALBUM SALÓN.

Desconocido aún para nosotros, nos sorprendió por el extraordinario dominio de un procedimiento que tan pocos prosélitos cuenta en nuestro país, debido tal vez á la equivocada creencia de los compradores, de que este género de pintura se deteriora con facilidad. Y nos sorprendió, precisamente porque, sin conocer de antemano al artista, se nos presentaba con el aplomo y seguridad del que está en plena posesión de sí mismo.

Recordamos los favorables juicios que mereció á la prensa y al público, en general, por el correcto mecanismo, que presta notable calidad á las blancas telas que cubren la deliciosa figurita de la niña y los accesorios del fondo; y la cuidadosa manera de estar tratadas las carnes, modeladas con escrupulosa conciencia.

El señor Climent ha dado una prueba indudable, con este hermoso estudio, del dominio que ha alcanzado en tan difícil género de pintura.



LA CAZA DE PATOS. — Cuadro de JOSÉ M. MARQUÉS.

Adquirido por la Diputación Provincial



EL ESTANQUE. — Cuadro de JOSÉ M. MARQUÉS.

AL AIRE LIBRE

La escena es en Sevilla, y en una tarde de Abril. Dulce y lento, se pone el sol dejando una vaga luz, inspiradora de nostalgias y somnolencias, suavizándolo, armonizándolo todo, los ángulos de los edificios, los torcimientos de las calles, el negro verdín de los muros y las torres...

Allá, en Triana, por una puertecilla de la calle de Pages del Corro, — una puertecilla microscópica, contrahecha, como por un gesto horrible de dolor — va saliendo Guingo, gitano andrajoso, negro, de angulosa faz y ojos negros también, enormes, como bocas de abismo. El gitano tira resignadamente de una cuerda. Después de salir toda la cuerda, cuando Guingo está en medio de la calle casi, empieza á salir por la puertecilla dificultosa el hocico mustio de una burra, á cuya jáquima está atado el extremo de la cuerda, de la que Guingo tira siempre. Sale el hocico de la burra, sale el cuello de la burra, empieza á salir la burra, macilenta, inverosímil, con el aparejo que es un dolor, de sucio, de roto y de los girones que le cuelgan. Sale la burra al fin. Detrás de la burra, va mostrándose Guinga, una gitana derrotada, con las greñas flotando como los girones del aparejo, sucia, con un pañolillo roto al talle, y un zurrón mugriento á la espalda por donde asoma Guinguillo, desnudo, negro también, negro para que nada pueda decirse del honor del nombre. Guinga empuña una vara muy regular, y no se sabe si es para hacer andar á la burra ó para apoyarse ella.

Los transeúntes se detienen al ver el típico grupo, soltando cada cual su retrucano y su risotada. Aunque no quieran, tendrían que detenerse, porque Guinguillo, berreando por cierto como un demonio con los brazos tendidos hacia la puertecilla, como despidiéndose de alguna cosa muy amada que dejase en el noble hogar; Guinga levantando el garrote sobre la burra, el cuello estirado de la burra, el hocico tendido de la burra, el cordel en tensión, atado al hocico, los brazos del gitano tendidos, y el gitano tendido casi también... tendido de espaldas para hacer hincapié y que la burra ande, todo esto, lo comprenderéis de más, forma una barrera larga, tan larga, que coge el ancho de la calle. A uno y otro lado de la barrera, van formándose otras dos de curiosos, guasones, bullangueros, alegres, finos hasta cortar el aire con la intención de un Miura, y la gracia del mundo, que así son las gentes de abajo, de Sevilla la sin par.

Nadie tiene prisa; el espectáculo es de un atractivo inmenso. La burra, cansada á no dudar del mundo vano y de sus pompas, ha resuelto al fin no moverse.

—¡Jarre! — dice Guingo con una melancolía que llega al alma. Pero la burra no da un paso, parece de piedra.

—¡Jarre! — repite Guingo resignadamente. Y la burra continúa inmóvil, por más que el gitano tira.

Levanta Guinga el garrote con intención siniestra; pero la detiene Guingo con un grave ademán, diciendo á la vez en tono de duda:

—No le endilgue; aspérate, que voy á ve si sarrima á la rasón con un chorro e parlabaz mu bien icha.

—No jará caso, — murmura la gitana con mal gesto, — metía paese: ¡si no tié doz deo je luse e ner sentio!

—¿Tenerá argun pique? — pregunta el gitano muy inquieto. Y sin preocuparse de lo que el alto discurso de Guinga pueda opinar, ni de las risas y los comentarios del cóncave eminentísimo, se aproxima á la burra, la coge el hocico, se lo alza amorosamente y echándose luego para atrás, se pone en jarras mientras el hocico de la burra va cayendo otra vez como tallo triste de flor. Y así, en jarras, encorvándose dulcemente, á la vez que la burra va inclinando la cabeza llena de pensamientos graves, — aunque Guinga afirma con su venalidad de hembra que allí no hay dos dedos de luces, — le habla en este sentido, con muchos y muy diversos tonos, desde el patético al trágico, según los muchos y diferentes sentimientos que va á su parecer despertando en la burra:

—¡Probetical! Amo ja ve; ime la verdá: ¿Ez que hay argun pesá en tu arma? ¿Ez que hay argun luto en tu familia? Si tié jarguna congoja e cuando en cuando ¿no te consuelo yo en seguía con tó este queré e mi sojo? Irlo, onseya e miz pensamiento ¿Quién tié, como tú, un pasá tan esente? ¿Quién te carsa? ¿Quién te peina? ¿Quién te pone dientez nuevo en cuantico te jase farta? ¿Quién te pule e ner Prao San Sebastián toítico lo jabrile, y quién guerve y te merca pa darte otra vé er grao e mosita, y por qué mi pecho se estrosa si no te tengo e ner caló de junta mi vera?...

La burra, conforme hablaba el gitano, fué hundiendo el hocico en tierra, hasta meterlo entre sus pezuñas, como si en realidad alguna preocupación pesase sobre ella; sus ojos sin vida, medio cerrados, miran con tristeza las piedrecillas del arrecife; por sus lomos hundidos, que se ornamentan con mataduras y bultos misteriosos, en artístico tropel, corre con frecuencia un temblor extraordinario; sus patas enclenques, dóblanse como de no poder resistir las razones de Guingo; quiere menear el rabo para contestar sin duda como Dios le dé á entender al digno discurso, pero el rabo, como sujeto por una superior voluntad invisible, permanece inmóvil. Ni un leve movimiento de las orejas, indica tampoco la posibilidad de que haya oído.

—¿Lo ve tú? — grita la gitana coléricamente, — ¡se está cayá! Guingo, con una dignidad que le hubiese envidiado cualquier grande hombre, amonestó así á la burra gravemente:

—¡Te creí una persona de entendimiento, pero ar fin mas convensio de que ere juna burra! ¡Jarre, burraaa! — Y tira ¡ay! pero la burra queda inmóvil. El público ríe, silba, aplaude con entusiasmo; un mocito trianero le dice á Guingo, de pronto, con mucha seriedad.

JOSÉ M. TAMBURINI



FLOREJILLAS DEL CAMPO

Salón Robira (Fernando VII, 59).